

**HERRANZ, Atanasio (2017). *Proceso de nahuatlización y nahuatlismos de uso en Honduras*. Tegucigalpa: Universidad Autónoma de Honduras. ISBN: 978-99926-32-85-7. 405 pp.**

José Luis Ramírez Luengo  
Universidad Autónoma de Querétaro  
joseluis.ramirezluengo@gmail.com

Dado su carácter de “cenicienta de los dialectos del español de América” (Herranz 1990, p. 82), es siempre una buena noticia la aparición de un estudio sobre el habla de Honduras, muy especialmente si aparece, además, firmado por Atanasio Herranz, sin duda el investigador que mejor y más profundamente conoce la variedad hablada en el país centroamericano. Por tanto, de excelente noticia para los interesados en la dialectología hispánica se puede calificar la obra que se reseña en estas páginas, tanto por su autor como por la temática elegida por este, que no es otra de que la influencia del náhuatl en el español de la región, cuestión sin duda fundamental para comprender cabalmente la configuración de la variedad dialectal de Honduras y su originalidad dentro del complejo panorama que compone el diasistema actual de esta lengua.

Súmese a lo anterior, además, que –como su propio nombre indica– el volumen comprende en realidad dos trabajos, diferentes en cuanto a su alcance y objetivos pero relacionados por el vínculo común que supone la lengua mexicana: por un lado, el ensayo “Proceso de nahuatlización de Honduras”, que analiza y explica detalladamente la presencia histórica de este idioma desde la época precolombina hasta el final del período colonial (pp. 11-40), así como los resultados que produce en el español la situación de contacto que se desarrolla entre ambos sistemas lingüísticos (pp. 40-64); por otro, y como complemento a lo anterior, lo que el autor ha denominado “Nahuatlismos de uso en Honduras” (pp. 65-405), un extensísimo repertorio lexicográfico donde se recopilan, definen y ejemplifican más de un millar de voces de este origen que se utilizan de forma habitual en el país. Se puede decir, por tanto, que ambos estudios se complementan a la perfección, por cuanto la aproximación histórica sirve para explicar la abundante presencia de vocablos de

etimología náhuatl en el español de la zona y estos demuestran, a su vez, la profunda incidencia que tienen esta lengua y sus hablantes en el desarrollo de la identidad cultural de Honduras, en una simbiosis que justifica sobradamente la aparición de las dos investigaciones en un mismo volumen.

Por lo que se refiere a la primera, esta se abre con un minucioso análisis de los enclaves nahuas existentes en el territorio hondureño durante la época prehispánica: como bien indica el autor, “Centroamérica sufrió sucesivas oleadas de distintos grupos de habla nahua desde el año 800 d.C. hasta el 1250 o 1300 d.C.” que se asentaron “en varias zonas de las actuales repúblicas de Guatemala, El Salvador y Honduras”; si bien en este último país “a diferencia de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, las evidencias arqueológicas y lingüísticas muestran que el número de grupos nahuas fue poco numeroso” (pp. 11-12). A partir de esta visión general, y tomando en cuenta muy acertadamente datos de naturaleza variada, tanto arqueológicos como toponímicos e históricos, se procede a describir la presencia de población de este origen en áreas como los valles de Naco, Sula, Olancho y Comayagua, la Choluteca, el Golfo de Fonseca o la propia capital, Tegucigalpa (pp. 13-25), así como también a detallar los otros grupos poblacionales con los que los nahuahablantes entran en contacto y, más interesante aún, los idiomas (maya-chortí, ulúa, lenca) que probablemente hablan estos otros pueblos.

Tras este primer apartado, el segundo (pp. 25-40) constituye un fascinante viaje histórico por el proceso de auge y declive del empleo del náhuatl en el actual territorio hondureño, acompañado a su vez –y de forma necesaria, por sus profundas implicaciones– de una revisión de las políticas lingüísticas que la Monarquía hispánica aplica a la provincia y a todos los territorios del imperio en general, a partir de las cuales establece Herranz tres etapas: una primera época de fomento del monolingüismo (1502-1569), una segunda en la que se opta por un enfoque plurilingüe (1570-1769), y una tercera (1770-1820) que “se mantuvo hasta el final de la Colonia” y que “supuso una vuelta rotunda a la política monolingüe castellana de la primera etapa y, además, propugnó la extinción de todas las lenguas indígenas”.<sup>1</sup>

Por lo que se refiere al primero de los períodos –y en la línea de lo señalado en el trabajo clásico de Martinell Gifre (1992)–, Herranz comienza por detallar los medios que utilizan los españoles para comunicarse con la población autóctona

<sup>1</sup> Como es sabido tuvo un éxito muy desigual pero en general escaso, dado que sólo será en el siglo XIX, como resultado de la imposición de las ideas de progreso de las repúblicas independientes, cuando se produzca la hispanización masiva de la población indígena y la sustitución de las lenguas autóctonas por el español, con las consecuencias de primer orden para este último idioma que ello va a tener (Ramírez Luengo, 2011, pp. 15-19).

(pp. 25-26), para centrarse después en describir el aprendizaje de las lenguas indígenas por parte de los religiosos y la enorme variedad lingüística existente en la región, que le lleva a concluir que “sólo la pequeña provincia de Honduras era una auténtica torre de Babel” (p. 29); y es esta situación, claramente problemática para los intereses cristianizadores, lo que determina que se opte por el náhuatl como lengua ideal para expandir el cristianismo entre los naturales.<sup>2</sup> Esta última cuestión se desarrolla, por su parte, en el siguiente apartado (pp. 30-33), que demuestra las contradicciones existentes en el siglo XVI entre los debates que desarrollan los partidarios y los detractores del empleo del idioma autóctono, con el triunfo –al menos oficial– de estos últimos,<sup>3</sup> y lo que es la práctica de la evangelización, en la que “no se seguía la política monolingüe castellana, pues los doctrineros usaban las lenguas de los naturales y los obispos preferían para los curatos a los doctrineros que las sabían, en especial si era el nahua” (p. 31), algo que se refleja, por ejemplo, en la importancia que adquieren los intérpretes de las lenguas propias durante todo este período.

Una vez expuestas todas estas primeras cuestiones, que terminan con la imposición de una política bilingüe por parte de Felipe II con “el español para la administración y funcionarios y el nahua para la cristianización de los indios” (p. 33), comienza la parte sin duda más interesante de este trabajo: el análisis del proceso de auge y decadencia del nahua en el territorio hondureño durante la Colonia, que el autor expone de manera minuciosa con una riqueza de datos históricos, toponímicos, sociológicos e incluso folclóricos realmente admirable. Aunque no es este el momento de enumerar todos los aspectos de tal proceso, no está de más señalar algunos relacionados con el auge –que resultan de interés y que será necesario seguir investigando en el futuro–, tales como, por ejemplo, la llegada de nahuahablantes del actual territorio mexicano con los conquistadores (pp. 33-34), la labor de los religiosos (mercedarios y franciscanos) en la expansión del idioma indígena (p. 34) o la política poblacional de reducción desarrollada por los españoles, que conlleva

<sup>2</sup> Por supuesto, la elección de este idioma no es casual: a las razones que el propio Herranz señala (“la existencia de gran número de hablantes de lengua nahua en el poblado valle de México y la existencia de numerosos enclaves nahuas en El Salvador, Honduras y Nicaragua”) se deben sumar también otras como, por ejemplo, el hecho de que, como lengua *oficial* del Imperio Azteca, sea hablada por sus élites y, por ello, goce de notable prestigio a la llegada de los españoles, o incluso que esté ampliamente difundida por lo que hoy es México y por tanto exista un amplio bilingüismo en numerosas regiones de la Nueva España.

<sup>3</sup> Lo que se descubre en el hecho –de gran relevancia para la mejor comprensión de esta cuestión, así como del estatus del náhuatl en esta época– de que en Honduras “todos los documentos coloniales consultados están en castellano, a excepción de partes de ciertos documentos [...] como algunos párrafos del título de tierras del común de Intibucá y de Santa Ana de Cacauterique, y una que otra partida de los primeros libros de Tegucigalpa” (p. 32).

el asentamiento en un mismo lugar de grupos humanos lingüísticamente diversos y, por tanto, el empleo del náhuatl como probable *lingua franca* (pp. 36-37); en cuanto a la decadencia, el estudio aporta también las que probablemente son las claves que explican el fenómeno: por un lado, el hecho de que “el nahua no era la lengua materna de la mayoría de los naturales de la provincia”; por otro, y como consecuencia de lo anterior, el que esta circunstancia “hacía difícil a los doctrineros una efectiva evangelización y la administración de algunos sacramentos como la confesión, el bautismo y la confirmación” (p. 40), lo que los obliga a aprender otras lenguas autóctonas más extendidas y termina, en consecuencia, por producir el abandono del idioma importado (probablemente entre finales del siglo XVII y los primeros años del siglo XVIII).

Por supuesto, una presencia tan importante y continuada de esta lengua en la región por fuerza ha tenido que tener repercusiones en el español con el que convive; pues bien, tal y como se dijo antes, es precisamente a esta cuestión a la que se dedica la tercera parte del estudio (pp. 40-57), en el que se describen las adaptaciones fonéticas que sufren las voces nahuas en su paso a la lengua de Castilla (pp. 41-45), así como más brevemente las de carácter morfológico (pp. 45-47) y, por último, el aporte léxico (pp. 47-57), el apartado más amplio, donde se lleva a cabo un interesante trabajo de campo sobre la vitalidad de las unidades léxicas de este origen<sup>4</sup> y se analizan los procesos de lexicogénesis que se producen a partir de ellas como muestra de su mantenimiento en el habla de la región, lo que lleva al autor a concluir que “los nahuatlismos tienen todavía en Honduras una gran vitalidad, como es lógico, mayor en las zonas rurales, sobre todo del norte y occidente” (p. 57).

Después de esta profunda revisión histórica sobre la trayectoria del náhuatl en la región y sus aportes al español de la zona, la segunda parte del volumen –con mucho la más amplia (pp. 65-405)– constituye, como se dijo ya, un estudio de naturaleza lexicográfica en el que se registran, describen y ejemplifican todas las voces de este origen que se documentan en el habla hondureña de hoy. De este modo, se comienza con una enumeración de las características fundamentales de la obra (pp. 65-66), que se define como diccionario dialectal, descriptivo, usual,

<sup>4</sup> En este punto, se aporta una anotación de gran interés como es que “el español centroamericano conserva palabras nahua que ha perdido el español mexicano”, algo que se relaciona con el hecho de que “en Centroamérica, y en especial en Honduras, se conserva una gran cantidad de términos del español del siglo XVI y XVII que se han perdido en la península y en otras partes de América” (p. 47), arcaísmo que se puede extender también a otros niveles lingüísticos y que sin duda supone uno de los rasgos más característicos de estas variedades regionales del español.

ejemplificador, descodificador y actual,<sup>5</sup> para pasar después a describir de una forma muy minuciosa tanto la macroestructura (pp. 67-71) y la lematización (pp. 71-76) como muy especialmente la microestructura de los artículos (pp. 76-109); todo lo cual permite definir a esta parte como un auténtico tratado práctico de lexicografía desarrollado a partir del análisis de un ejemplo concreto.

Por lo que se refiere al trabajo en sí, son tres los aspectos que parece relevante resaltar como méritos indudables: en primer lugar, la enorme riqueza que encierra, al contar con “1455 entradas, a lo que hay que añadir un pequeño número de fórmulas, un elevado número de lexemas complejos y locuciones y algunas frases proverbiales” (p. 8); en segundo lugar, lo adecuado que resulta el *corpus* utilizado para su confección y para la ejemplificación de las voces, que se caracteriza por una notable amplitud tipológica y engloba “obras literarias, especialmente de narrativa, escritas por hondureños, textos de divulgación, relatos populares, cuentos infantiles, juegos, cultivos, flora y fauna, medicina popular, plantas curativas, etc.” (p. 109); por último, el acierto que supone seguir, tanto en la estructura interna de los artículos como en las marcas de uso presentes en ellos, las opciones empleadas en el *Diccionario de Americanismos* (ASALE, 2010), algo que supone una ayuda indudable para la consulta de la obra por parte de los estudiosos interesados en el español americano, en general acostumbrados al empleo del *DAmer*.<sup>6</sup>

Por último, no sería adecuado terminar estas líneas sin resaltar la presencia de un amplio capítulo bibliográfico en el que se concentran tanto las obras consultadas para la confección de ambos trabajos (pp. 58-64; 387-394) como las que constituyen el *corpus* del repertorio lexicográfico (pp. 395-405), el cual conforma una valiosa guía bibliográfica sobre los estudios dedicados al español de Honduras y las fuentes con las que analizarlo, muchas veces desconocidas para los investigadores que no son originarios del país centroamericano.

En conclusión, salta a la vista que, tanto por la relevancia del tema seleccionado como por la profundidad y la rigurosidad del análisis, el volumen aquí reseñado supone una obra de primera importancia para el mejor conocimiento del español hondureño, así como un modelo para otros estudios que pretendan profundizar en el conocimiento de las variedades lingüísticas que se utilizan no sólo en este país, sino en general en toda la América Central; un trabajo, en definitiva,

<sup>5</sup> A lo que se debería sumar también su carácter parcialmente histórico, habida cuenta de que aparecen recogidas en él voces desconocidas en la actualidad pero que tienen presencia en la región en otros momentos de su historia, tales como *macegual* o *nagualtato*.

<sup>6</sup> Por supuesto, esta decisión era perfectamente esperable dada la participación del Prof. Herranz en la confección del repertorio lexicográfico de la Asociación de Academias.

que abre nuevas vías de investigación que será necesario transitar en un futuro no muy lejano, y sobre todo que ayuda a que Honduras vaya dejando de ser, poco a poco, esa “cenicienta” de la dialectología hispanoamericana que se señalaba al comienzo de estas páginas.

### **Referencias bibliográficas**

- Asociación de Academias de la Lengua Española (2010). *Diccionario de Americanismos*. Madrid: Santillana.
- Herranz, A. (1990). “El español de Honduras a través de su bibliografía”. En A. Herranz (Comp.), *El español de Honduras* (pp. 61-88). Tegucigalpa: Guaymuras.
- Martinell Gifre, E. (1992). *La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos*. Madrid: Fundación MAPFRE.
- Ramírez Luengo, J. L. (2011). *La lengua que hablaban los próceres. El español de América en la época de las Independencias*. Buenos Aires: Voces del Sur.